EL ESPIRITU DE EUGENIO HERMOSO EN SU OBRA

POR

BONIFACIO LAZARO LOZANO

SIRVAN estas breves ideas para evocar la memoria del pintor extremeño Eugenio Hermoso, nacido en Frejenal de la Sierra y que este año se cumple el primer centenario de su nacimiento.

Desearía interpretar el mundo espiritual de uno de los artistas más representativos del arte español del siglo XX y más auténtico: Eugenio Hermoso. Fue siempre él, él mismo.

Cruzó las corrientes de los ismos sin que éstas lo arrollaran y sin que las salpicaduras perturbasen la paz de su alma; del amor a su terruño, a su patria chica como solía decirme en aquellas maravillosas tardes pasadas junto a él, en rededor de la camilla que le servía de estudio, de tablero de dibujo, de apoyo para escribir sus poemas...

Conversar con él, oirle, era caminar por su mundo en el que nació y se formó espiritualmente, en ese jardín florido que su alma absorvió. Por donde filtraba la vida que le envolvía. Por eso su obra está nimbada de un halo de profética poesía y fueron sus cuadros flores cogidas en su jardín.

Desde niño vio el mismo mundo que veían los demás, pero su percepción era diferente. Poseía una gracia especial cual era la de amar cuanto sus ojos descubrían. Realizaba sus cuadros sin que su espíritu se perturbara. La mente ordenaba lo que sentía al recrearse enamorado en cuanto contemplaba. Su actitud en el mundo de la creatividad era muy simple: miraba y pintaba. Ya sé que los artistas actúan más o menos de la misma forma, pero lo que él le diferenciaba era su manera de sentir y esto hacía que sus cuadros acusasen un sello tan definido, tan personal que le alejaba de sus contemporáneos.

Subjetivaba la realidad, pintaba lo que sentía y como lo sentía. Al mi-

rar transformaba en una ensoñación poética el mundo y era su otro yo quien ejecutaba su visión filtrada.

Era un hombre sano de cuerpo y espíritu; en su interior no existía tenebrosidad, ni deformación; su obra nos lo dice.

Artista con una gran sensibilidad y cultura, enamorado del arte griego asimiló las grandes enseñanzas de ese Siglo de Oro, así como del Renacimiento.

Pero con anterioridad se había formado en la escuela de la vida, de aquella que él vivía desde su más tierna edad y de la cual había quedado prendado. Unió su sentir con el conocimiento adquirido y de esta fusión fue surgiendo su obra inconfundible.

No necesitó recurrir a excentricidades de cualquier índole para imponerse dentro de su marco siempre tan característico, tan personal.

Pasaban los años, su concepto se iba definiendo, sus últimas obras, que pocos las conocen, alcanzaron altos niveles.

Recuerdo, cuando visitaba su estudio, le pedía algunas veces que me enseñase sus últimos cuadros, casi siempre figuras femeninas, zagalillas cogidas entre las espigas o los cardos, o entre margaritas y amapolas, con la lozanía propia y patrimonio de los bellos campos de Extremadura.

Contemplaba en silencio estas obras, Hermoso me miraba y también a sus cuadros. Sentí como si quisiera descubrir lo que yo veía en ellos.

Salí al encuentro de su pregunta antes que me la hiciese.

"¿A que no sabe, Don Eugenio, qué estoy pensando? En esas cabezas pintadas al fresco o a la cera en los primeros siglos de nuestra era: en el Fayum, Menfis o Pompeya. No son iguales a las cabezas de estos cuadros suyos, pero sin embargo existe cierta conexión, aquella que dice respecto que tiene relación con la cultura mediterránea. Y es que no puede haber continuidad sin tradición. El arte se renueva con sus propias raíces. Si no es así, sobreviene la muerte. A ésta sólo se la vence con el impulso de nuestro hábito vital. Aquella se complace y sacia en la destrucción de la materia, pero el alma se le escapa como el agua entre los dedos de la mano; su huella queda impresa en la obra realizada y huye cuando presiente su encadenamiento".

Es en el alma donde el hombre siente la vida y el anhelo por su libertad creadora. Por eso la obra de Hermoso es un perpetuo canto a la vida, pues la hizo al dictado de como su alma sentía.

Muchas son las veces que me he preguntado: "¿Qué es el alma? ¿No será la fe que intuya la esencia de todo lo creado?"

Con relación a este tema tan apasionante transcribo una enseñanza del sabio indú Jajnavalkia. Le preguntan: "Muéstrame ese ser presente y evidente que es el alma, que está en todo." Jajnavalkia le contesta: "¡No puedes ver al que ve el ver! ¡No puedes pensar al que piensa el pensar! ¡No puedes comprender al que comprende el comprender! Eso es tu alma que está en todo".

Hice este inciso, en mi disertación, por emplear repetidas veces la palabra que define este principio vital: el alma.

Hermoso nos lo enseña en su obra. Es la vida, la suya, misión del verdadero artista y nos muestra, nos revela cómo ha vivido su mundo.

Dice Marangoni en su libro *Saber ver* que la obra de arte se engendra en la acción de mirar y no en su ejecución.

En resumen: el artista ha de nacer con un sentido poético de cuanto es vida. La vida que le envuelve irá penetrando en su inconsciente, despensa donde se guardan los tesoros que un día verán la luz para nuestro gozo.

A Hermoso le iniciaron en los rudimentos del dibujo y pintura, lo suficiente para empezar a mostrar cantando el mundo que él tanto amó. Digo cantando porque sus cuadros los presiden las armonías líricas y la estética bucólica ordenada.

Esta fue la fuerza inspiradora en su obra. Me gustaría caminar con ustedes para examinar la evolución del artista a través de su senda. Veríamos cómo de las primeras tonalidades claras pasa a los contrastes de claroscuro para volver y mantenerse fiel a su principio de luminosidad.

Me parece esta ruta la que suelen seguir los artistas que no se dejan influenciar por el confusionismo de la metrópoli. El fin es el encuentro con el principio; el intermedio es el tiempo de los ensayos de la comprobación.

La sensibilidad de Hermoso se manifiesta en cualquier faceta que presida su espíritu.

Transcribo aquí un fragmento de su libro *Vida de Eugenio Hermoso* donde se lee: "Paseaba yo por los campos, paseo siempre que voy a mi tierra, abstraido en mis pensamientos, o bien en observación de seres y de cosas a esas horas del atardecer en que parece que el día se queda rendido de cansancio en brazos del ángel del crepúsculo que lo ha de llevar al amplio lecho estrellado de la noche".

Es una imagen propia de un poeta. "El día, fatigado de su labor, es conducido por el ángel del crepúsculo y lo lleva al lecho estrellado de la noche para que descanse". La poesía está en su alma como el ruiseñor en el ramaje. "La pintura debe ser una poesía silenciosa", dice Plutarco. Y es ese canto del ruiseñor que Hermoso transforma en el canto poético del alma en sus diálogos con la naturaleza, con las cosas o con las personas.

Observen cómo pinta los ojos de sus modelos. Yo no sé cómo serían ni eso me importa. Lo que me enamora son esas inmensas ventanas abiertas a la vida a las que se asoman sus almas y ese misterio hace que nuestros ojos no se aparten de ellos.

Hubiera sido interesante conocer la reacción de las modelos cuando se veían pintadas. ¿Cómo relacionarían la idea que tenían de sí mismas con lo que veían en el lienzo? Tal vez pensasen: "Esa soy yo, pero ¿qué veo ahí que no cansa el mirar? En cambio si lo hago al espejo me harto de verme".

¿Qué le respondería el artista? "Tal vez... Lo que te seduce es lo que tú no ves porque lo llevas dentro, en cambio yo que estoy fuera siento tu alma al mirarte. Eso es lo que te prende, por eso te agrada mirarte en el lienzo".

Eso mismo nos ocurre a nosotros, nos fascina sentir que participamos en ese diálogo espiritual con esas figuras pintadas porque a través de ellas Hermoso nos habla de su mensaje desde el silencio del más allá.

Poseía un exquisito espíritu. Hombre comprensivo y delicado con quien era muy grato dialogar, con un elevado concepto de la moral, caminaba por el mundo con la insignia de una conciencia tranquila como corresponde

a quien vivió sin ambiciones materiales y sin dañar a las personas. Consideraba el manifiesto público, en el mundo del arte, una corrupta profanación del mismo. Este no puede canjearse por cheques de ambición.

Fue una vida dedicada al arte que agradecido le premió con la más alta recompensa: visionar la vida con humildad y amor.

En lo más profundo de su alma de artista dudaba: "Yo pinto lo que siento necesidad de plasmar, pero... ¿se sabe cuándo se hace ARTE?" En esta confesión yo veía al verdadero artista. Le contestaba: "Ser artista es sentir, lo demás es oficio que se aprende. El artista vive en un mundo real, pero lo idealiza". Zola, en una frase célebre, dice: "El arte es la naturaleza vista a través de un temperamento". "Un paisaje en un estado de alma", dijo Amiel.

El artista es ante todo un soñador.

Existe arte cuando la comunicación con determinados resortes de nuestra sensibilidad nos hace sentir el vuelo del artista que ha podido evadirse de la esclavitud de la realidad de la vida sin perder contacto con ella.

El espíritu deforma por ser emocional. La razón ordena con lógica y la obra difiere en consecuencia de la idiosincrasia del artista. Pero la obra no debe ser toda emoción, sería incomprendida por su abstracción. Ni toda razón, pues la vida quedaría fosilizada.

El equilibrio hace tensar las cuerdas emocionales haciendo que nuestro espíritu goce no de la realidad, pero sí de ese mundo que trasciende de él.

El éxtasis, el reposo contemplativo, sobreviene al aunarse en nosotros la combinación de los dos elementos de nuestra vida, sin los cuales no existe el placer completo en el espíritu y la materia.

Esta nos recuerda el mundo real, el otro se propaga y nos conduce al mundo soñado. Estas dos fuerzas las vierte el artista en su crisol y como por misteriosa magia surge la obra. En ella nos dará una síntesis de su mundo.

La vida del artista nos fascina invitándonos a penetrar en el misterio de su alma. Es un mundo invisible del que sentimos su existencia que la razón no consigue comprender.

Ese mundo que no vemos, no tocamos, ni entendemos, lo lleva dentro, está en él y le impulsa a realizar.

Se le llama instinto, amor, fe, duende. Potente fuerza que le obliga a consumar y cuando ésta necesita manifestarse para adquirir forma, la conciencia la introduce en la razón para comunicar con el mundo. Después surge la obra, pero sin contrariedad, sin torturar el placer de sentir, que no impida manifestarse llanamente la inteligencia del instinto por una obsesiva preocupación de hacer difícil lo que tan fácil nace. Deja que tu alma exponga su mensaje que siempre será diferente en el verdadero artista.

Tal vez su inteligencia desconozca la senda, pero su inconsciente intuye y le conducirá a lugares que será manantial sugerente para su creación. Este acaso, azar, destino para nuestra razón le llamo instinto del alma, pues conduce al artista a encontrarse.

El arte es un espectáculo vivo que el artista supo encontrar en la naturaleza, en la vida.

Georges Duhamel dice: "El arte te introduce a una vida profunda, apasionante, lírica, es el regalo supremo que los hombres se hacen".

Bergson: "La naturaleza ha olvidado unir la percepción a lo útil, al interés".

Yo diría que el arte es un juego en persecución de la belleza y que el arte en la pintura es la unión del alma con el pincel.

Por el sentir profundo de la belleza quiero leerles un fragmento del *Tratado sobre la filosofía del placer*, del filósofo japonés Kaibara Ekiken, de los siglos XVII y XVIII; dice así: "Si abrimos nuestros corazones a la hermosura del cielo, de la tierra y de los millones de cosas creadas, sacaremos de ello una alegría infinita, un placer de que gozaremos sin cesar, día y noche, de manera perfecta. El hombre que encuentra su delicia en esta contemplación se hace poseedor de las montañas y de las corrientes de las aguas, de la luna y de las flores; para gozar de ello no tiene necesidad de adular a otros, no tiene necesidad de gastar un céntimo en estas cosas que no se compran con un tesoro, puede gorzar de ellas con contento de su corazón sin agotarlas jamás y aun cuando goce de ellas como si le pertenecieran no se las ve disputar por ningún otro. Es que la hermosura de las

montañas y de los ríos, de la luna y de las flores, no ha sido jamás de nadie".

Hermoso poseía esta gran virtud. Su desinterés por la vida material. Su dignidad y respeto a su sentir, su amor a la vida a la que fue llamado para honrar el lugar de su nacimiento.

Fue congruente consigo. De la vida tenía un concepto simple. Sus figuras, los asuntos, las composiciones nos lo narran en su natural sencillez. Veía la vida con ingenua pureza y esa disposición le llevaba a dar a sus cuadros esa apariencia decorativa, uno de los encantos que de ellos fluye. Sus tonalidades claras, luminosas enriquecidas por el color. Su culto al dibujo y a la forma dio a su obra la apariencia lírica que la preside.

El amor a su tierra, gracia que recibió al nacer, fue su personalidad, su luz en el caminar por la senda del arte.

En el mundo del espíritu se crea en la medida que se ama y Hermoso debió amar mucho a su patria chica.

Pretendí pintar un cuadro en el que presidiera su espíritu siempre presente en su obra. Quise hacer, con la huella de su alma que dejó en sus lienzos, un ramillete para coronar su gloria.

Reconozco mi impotencia para plasmar eso de lo que tantas veces hablamos aunque ignoramos qué es. Se nos escapa al conocimiento y sin embargo es donde reside toda la fuerza creativa, lo que hizo que a este gran artista le admirásemos, le respetásemos.

Ahí queda su obra para recuerdo imperecedero, con todo el cariño a su tierra y a la luz que le vieron nacer.